

el mundo á abandonarlos, haciendo trocar las grandes alamedas de los parques por los senderos que cruzan las campiñas.

## II

El principio del segundo libro de las *Confesiones* es delicioso y lleno de frescura. En él aparece por primera vez madama de Warens. El estilo de Rousseau al pintarla se dulcifica, descubriendo á la par un rasgo nuevo: la sensualidad. « Rousseau tenía el espíritu voluptuoso, » ha dicho un buen crítico; las mujeres hacen en él un papel considerable; ausentes ó presentes, ellas y sus encantos le ocupan, le inspiran, le enternecen y se mezclan de algun modo á todo lo que escribe. « ¿ Cómo, dice hablando de madama de Warens, cómo, al acercarme por primera vez á una mujer amable, fina, *deslumbrante*, á una señora de un estado superior al mio y á cuya semejanza no me habia acercado nunca, pude encontrarme desde el primer momento tan libre, tan á mi gusto, como si hubiera tenido la certeza de agradarle? » Aquella facilidad, aquella libertad que de ordinario no tenía al verse entre señoras, es verdadera en su estilo cuando quiere pintarlas. Entre las páginas más adorables de las *Confesiones* están las de su primer encuentro con madama de Warens; y tambien aquellas en que nos pinta la acogida de la señora Basilia, la linda vendedora de Turin: « Estaba, engalanada y *radiante* y, no obstante su aire gracioso, aquel brillo me habia impuesto. Pero su acogida bondadosa, sus maneras blandas y acariciadoras me animaron desde luego: comprendí que agradaba y esto me hizo agradar más. » ¿ No os parece ver y sentir como un rayo del sol que alumbrá á Italia? Y refiere aquella escena viva aunque muda que no ha olvidado nadie, aquella escena sostenida por gestos, detenida á tiempo, llena de rubor y de deseos. Agréguese el paseo á los alrededores de Annecy con las señoritas de Graffenried y de Galley cuyos detalles son preciosos. Tales páginas eran el descubrimiento de un nuevo mundo para la literatura francesa, de un mundo de sol y lozanía que estando tan cerca no se habia descubierto

aún. Eran una mezcla de naturalidad y sensibilidad en la que no des-puntaba el sensualismo sino en cuanto es lícito, y necesario tambien para libertarnos de la falsa metafísica del corazón y de un espiritua-lismo convencional.

Rousseau, como pintor, tiene el sentimiento de la *realidad*. Lo tiene siempre que nos habla de la belleza, que aún siendo imaginaria como su *Julia*, toma en él formas visibles no siendo en modo alguno un Íris impalpable. Tiene este sentimiento de la realidad, por cuanto quiere que cada escena que relata ó inventa, que cada personaje que intro-duce encaje y se mueva en lugar muy bien determinado, cuyos me-nores detalles se puedan grabar y retener. Uno de los reproches que él hacía al gran novelista Richardson era el no haber fijado el recuerdo de sus personajes á una localidad cuyos cuadros se hubieran recono-cido con gusto. Por eso él naturalizó los de su Julia en el país de Vaud, á las orillas del lago en torno del cual no habia cesado de errar su co-razón. Su espíritu recto y firme presta su buril á la imaginación para que nada esencial se omita en el dibujo. Por último, se descubre en él este sentimiento de la realidad, hasta en el cuidado con que en todas circunstancias, en medio de sus aventuras felices ó infelices y aún en las más románticas, menciona las comidas no olvidando los detalles de algun manjar delicioso, frugal y sano, propio para alegrar el espí-ritu y el corazón.

Este rasgo es esencial; procede de la condicion plebeya, digámoslo así, que he hecho observar en Rousseau. Habia conocido el hambre y marca en las *Confesiones*, con un sentimiento de bendición para la Providencia, la última vez que le habia sucedido sentir al pié de la letra la miseria y el hambre. Por eso jamás olvida, ni en el cuadro ideal de su felicidad, introducir las cosas de la vida real. Por todos estos lados verdaderos, combinados en su elocuencia, nos domina y nos seduce.

La inspiración de Rousseau siempre que es sana, la constituye en el fondo la naturaleza sinceramente sentida. Cuando vuelve á ver á ma-dama de Warens al regresar de Turin, vive algun tiempo en su casa y desde el cuarto que se le destina ve jardines y descubre el campo: « Desde Bossey (lugar donde pasó algun tiempo en su infancia), era la primera vez, dice, que yo tenía *verde delante de mis ventanas*. »

Hasta allí le había sido muy indiferente á la literatura francesa tener ó no tener *verde* ante los ojos; á Rousseau le tocaba hacerlo preferir. En este concepto podemos definirlo en una frase: Rousseau es el primero que introdujo el *verde* en nuestra literatura.

Hospedado, pues, á la edad de diez y nueve años al lado de una mujer amada pero á la cual no se atreve á declarar su ardor, Rousseau se abandonaba á una tristeza « que no tenía, sin embargo, nada de sombría y que era neutralizada por una esperanza lisonjera. » Habiendo salido á pasear al campo, solo, en un día de fiesta, durante las vísperas, « el sonido de las campanas, dice, que siempre me ha afectado singularmente, el canto de los pájaros, la belleza del día, la hermosura del paisaje, las casitas campestres desparramadas, en las cuales colocaba yo en idea nuestra morada comun, todo esto me impresionaba con impresion tan viva, tierna, triste y conmovedora, que me sentí transportado como en éxtasis al tiempo feliz en que mi corazón poseyendo todas las felicidades las soboreara sin pensar siquiera en la voluptad de los sentidos. »

Hé aquí lo que sentía en Annecy el hijo de Ginebra en el año 1731, mientras que todo París leía *el Templo de Gnido*. Aquel día descubrió la fantasía, el encanto nuevo que se dejaba como una singularidad á La Fontaine y que él iba á aclimatar decididamente en una literatura hasta allí galante ó positiva. La fantasía, *la reverie*, el ensueño fantástico: tal es la novedad de Rousseau, su descubrimiento literario, su América propia. El sueño de aquel día lo realizó algunos años despues, durante su residencia en las Charmettes, en aquel paseo del día de San Luis que ha descrito como nada semejante se había pintado hasta entónces:

« Todo parecía conspirar, dice, á la felicidad de la jornada. Había llovido hacía poco; no había polvo y los arroyos corrían. Un vientecillo fresco agitaba las hojas; estaba el horizonte despejado, el aire puro, la serenidad reinaba en el cielo como en nuestros corazones. »

El *viaje pedestre* con sus impresiones de cada instante fué otra de las novedades importadas por Rousseau; despues se ha abusado mucho. Cuando caminaba á pié, con buen tiempo y sin apresurarse,

teniendo por término del viaje un objeto agradable, entónces, dice, entregado enteramente á sí mismo, las ideas frias y muertas en el gabinete se animaban y tomaban vuelo:

« Tiene la marcha algo que anima y aviva mis ideas; cuando no me nuevo casi no puedo pensar; es necesario que mi cuerpo esté en movimiento para comunicárselo á mi espíritu. La vista del campo, la sucesion de gratas perspectivas, el espacio, los horizontes, la salud, el apetito, el alejamiento de todo lo que me hace sentir mi dependencia, de todo lo que me recuerda mi situacion, todo esto liberta el alma, da más audacia al pensamiento, me lanza en la inmensidad de los séres para combinarlos, escogerlos, apropiármelos á mi albedrío sin embarazo ni pena ni temor. Dispongo á mi arbitrio de la naturaleza... »

No le pidáis que escriba en tales momentos los pensamientos sublimes, osados, locos ó amables que pasan por su mente; prefiere saborearlos á decirlos: « Por otra parte, ¿ llevo conmigo plumas y papel? Si en ello hubiera pensado no hubieran venido los otros pensamientos. Yo no preveía que tendría ideas; estas vienen cuando les place, no cuando me place. » Así pues, en todo lo que ha referido no hay otra cosa que recuerdos lejanos; restos debilitados de él mismo, de lo que era en tales ocasiones. Y sin embargo, nada más verdadero, preciso y delicioso á la vez. Recuérdese aquella noche pasada á la intemperie, á la orilla del Ródano, cerca de Lyon:

« Me tendí voluptuosamente en el portillo de un muro; las cortinas de mi lecho eran las ramas de los árboles; un ruiseñor cantaba justamente sobre mí y yo me dormí al arrullo de su canto; mi sueño fué dulce, más dulce mi despertar. Ya era de día; mis ojos al abrirse vieron agua, verdura, un paisaje admirable. Me levanté; sentí hambre, y me encaminé hácia la ciudad alegremente resuelto á gastar en un buen almuerzo las dos piezas de seis blancas que me quedaban todavía. »

Todo Rousseau está aquí, con su fantasía, su ideal, su realidad; la misma pieza de *seis blancas* despues del ruiseñor, no está de más para volvernos al mundo haciéndonos sentir todo el goce que cabe en la humilde pobreza cuando la acompañan la juventud y la poesía.

En Rousseau lo pintoresco es sobrio, firme, neto, aún en los momentos más suaves; en esto se conoce que era un ginebrino de pura

raza francesa. Si le faltan á veces los resplandores de Grecia ó de Italia, si aparece de cuando en cuando alguna nube gris en los flancos del monte, como en torno del hermoso lago de Ginebra, hay días y horas de perfecta y límpida serenidad. Se ha querido más tarde no sólo imitar su estilo sino sobrepujarlo; no diré que no se haya logrado en algunos efectos de color y de sonido. Pero de todos modos, el estilo de Rousseau es el más seguro y el más firme que pueda ofrecerse como ejemplo en el vasto campo de la innovación moderna. En él la lengua no está demasiado fuera de su centro. Sus sucesores han ido mucho más léjos; no sólo han trasferido á Bizancio la cabeza del imperio; la han transplantado al Asia misma. En ellos todo lo absorbe, todo lo domina la pompa oriental de la imaginación (1).

En las *Confesiones*, los retratos son vivos, picantes, espirituales. Todos los tipos están bien observados y caracterizados. No están tomados fácilmente como los de *Gil Blas*: están grabados. En esto se ve que Rousseau no había olvidado su primer oficio.

Sólo he señalado á la carrera los puntos por los cuales el autor de las *Confesiones* sigue siendo un maestro; sólo he podido saludar al creador de lo fantástico, al que nos ha inculcado el sentimiento de la naturaleza y el sentido de la realidad, al padre de la literatura íntima y de la pintura doméstica. Lástima es que se mezcle á sus cuadros la misantropía y que los desluzcan algunos tonos cínicos, verdaderas manchas de tantas y tan sólidas bellezas. Pero las locuras y los vicios del hombre no lograrán prevalecer sobre los méritos originales ni eclipsar los rasgos que le hacen todavía superior á sus descendientes.

(1) El autor alude indudablemente á Chateaubriand.